

El hombre del labio retorcido

Arthur Conan Doyle



Isa Whitney, hermano del difunto Elías Whitney, D. D., director del Colegio de Teología de San Jorge, era adicto perdido al opio. Según entiendo, adquirió el hábito a causa de una tonta extravagancia de estudiante: habiendo leído en la universidad la descripción que hace De Quincey de sus ensueños y sensaciones, empapó su tabaco en láudano con la intención de experimentar los mismos efectos. Descubrió, como tantos otros, que resulta más fácil adquirir el hábito que librarse de él, y durante muchos años vivió esclavo de la droga, inspirando una mezcla de horror y compasión a sus amigos y familiares. Todavía me parece verlo, con la cara amarillenta y fofa, los párpados caídos y las pupilas reducidas a un puntito, encogido en una butaca y convertido en la ruina y los despojos de un buen hombre.



Una noche de junio de 1889 sonó el timbre de mi puerta, aproximadamente a la hora en que uno da el primer bostezo y echa una mirada al reloj. Me incorporé en mi asiento y mi esposa dejó su labor sobre el regazo, con una ligera expresión de desencanto.

—¡Un paciente! —dijo—. Vas a tener que salir.

Solté un gemido, pues recién había vuelto a casa tras un día muy fatigoso.

Oímos que la puerta se abría, unas pocas frases apuradas y después unos pasos rápidos sobre el linóleo. Se abrió de par en par la puerta de nuestro cuarto y una dama vestida de oscuro y con un velo negro entró a la habitación.

—Perdonen que venga tan tarde —empezó a decir; y entonces, perdiendo de repente el dominio de sí misma, se abalanzó corriendo sobre mi esposa, le echó los brazos al cuello y rompió a llorar sobre su hombro—. ¡Ay, tengo un problema tan grande! —sollozó—. ¡Necesito tanto que alguien me ayude!

—¡Pero si es Kate Whitney! —dijo mi esposa, alzándole el velo—. ¡Qué susto me has dado, Kate! Cuando entraste no tenía ni idea de quién eras.

—No sabía qué hacer, así que me vine derecho a verte.

Lo mismo de siempre. Las personas en dificultades acudían a mi mujer como los pájaros a la luz de un faro.

—Has sido muy amable viniendo. Ahora tómate un poco de vino con agua, siéntate cómodamente y cuéntanoslo todo. ¿O prefieres que mande a James a la cama?.

—Oh, no, no. Necesito también el consejo y la ayuda del doctor. Se trata de Isa. No ha vuelto a casa en dos días. ¡Estoy tan preocupada por él!

No era la primera vez que nos hablaba del problema de su marido, a mí como doctor, a mi esposa como vieja amiga y compañera del colegio. La consolamos y reconfortamos con las mejores palabras que pudimos encontrar. ¿Sabíamos dónde podía estar su marido? ¿Era posible que pudiéramos hacerlo volver con ella?

Por lo visto, era posible. Sabía de buena fuente que ahora último, cuando le daba el ataque, solía acudir a un fumadero de opio situado en el extremo oriental de la City. Hasta entonces sus orgías no habían pasado de un día, y siempre había vuelto a casa, quebrantado y tembloroso, al caer la noche. Pero esta vez el maleficio duraba ya cuarenta y ocho horas, y sin duda allí seguía tumbado, entre la escoria de los muelles, aspirando el veneno o durmiendo bajo sus efectos. Su mujer estaba segura de que se lo encontraría en “El Lingote de Oro”, en Upper Swandam Lane.

Pero, ¿qué podía hacer ella? ¿Cómo iba ella, una mujer joven y tímida, a meterse en semejante sitio, y a sacar a su marido de entre los rufianes que lo rodeaban?.





Así estaban las cosas y, desde luego, no había sino un modo de resolverlas. ¿No podía yo acompañarla hasta allá? Y pensándolo bien, ¿para qué había de ir ella? Yo era el consejero médico de Isa Whitney y, como tal, tenía cierta influencia sobre él. Podría arreglármelas mejor si iba solo. Le di mi palabra de que si lo encontraba en la dirección que ella me había dado, antes de dos horas se lo enviaría a casa en un coche de alquiler. Y así, diez minutos después, habiendo abandonado mi sillón y mi alegre sala de estar, me apresuraba en un coche rumbo al este, con lo que entonces me parecía una extraña misión, aunque sólo el futuro me iba a demostrar cuán extraña era en realidad.

No encontré grandes dificultades en la primera etapa de mi aventura, sin embargo. Upper Swandam Lane es una callejuela miserable, oculta tras los altos muelles que se extienden en la orilla norte del río, al este del puente de Londres. Entre una tienda de ropa usada y una botillería, encontré el antro que buscaba, y al cual se llegaba por una empinada escalera que descendía hasta un agujero negro como la boca de una cueva. Le ordené al cochero que me esperara y bajé los escalones, desgastados en el centro por el paso incesante de pies de borrachos. A la luz vacilante de una lámpara de aceite colocada encima de la puerta, encontré el picaporte y entré en una habitación larga, de techo bajo, con la atmósfera espesa y cargada del humo grisáceo del opio, y equipada con una serie de literas de madera como el castillo de proa de un barco de emigrantes.

A través de la penumbra se podía distinguir a duras penas numerosos cuerpos, tumbados en posturas extrañas y fantásticas, con los hombros encorvados, las rodillas dobladas, las cabezas echadas hacia atrás y el mentón apuntando hacia arriba; de vez en cuando un ojo oscuro y sin brillo se fijaba en el recién llegado. Entre las sombras negras brillaban diminutos círculos de luz, encendiéndose y apagándose según si el veneno ardía o se apagaba en las cazoletas de las pipas metálicas.

La mayoría permanecía recostada en silencio, pero algunos murmuraban para sí mismos y otros conversaban con voz extraña, apagada y monótona; su conversación surgía en ráfagas y luego se desvanecía de pronto en el silencio, mientras cada uno seguía mascullando sus propios pensamientos sin prestar atención a las palabras del vecino. En el extremo más apartado había un pequeño brasero de carbón y a su lado un taburete de madera de tres patas, en el que estaba sentado un anciano delgado y alto, con la barbilla apoyada en los puños y los codos en las rodillas, mirando fijamente el fuego.

Al verme entrar, un pálido ayudante malayo se me acercó rápidamente con una pipa y una porción de droga, indicándome una litera libre.

—Gracias, no vengo para quedarme —dije—. Hay aquí un amigo mío, el señor Isa Whitney, y quiero hablar con él.

Hubo un movimiento y una exclamación a mi derecha y, atisbando entre las tinieblas, distinguí a Whitney, pálido, ojeroso y desastrado, con la mirada fija en mí.



—¡Dios! ¡Es Watson! —exclamó. Se encontraba en un estado lamentable, con todos sus nervios presa de temblores—. Oiga Watson, ¿qué hora es?

—Casi las once.

—¿De qué día?

—Del viernes, diecinueve de junio.

—¡Cielo santo! ¡Creía que era miércoles! ¡Y es miércoles! ¿Qué se propone usted asustando a un amigo? —hundió la cara entre los brazos y comenzó a sollozar en tono muy agudo.

—Le digo que es viernes, hombre. Su esposa lleva dos días esperándolo. ¡Debería estar avergonzado de sí mismo!

—Y lo estoy. Pero se equivoca, Watson, sólo llevo aquí unas horas... tres pipas, cuatro pipas... ya no sé cuántas. Pero iré a casa con usted. No quiero asustar a la pobre Kate. Deme el brazo, ¿trajo un coche?

—Sí, tengo uno esperando.

—Entonces iré en él. Pero seguramente debo algo. Averigüe cuánto debo, Watson, yo me hallo incapaz. No puedo hacer nada por mí mismo.

Recorrí el estrecho pasadizo entre la doble hilera de durmientes, conteniendo la respiración para no inhalar el humo infecto y estupefaciente de la droga, y busqué al encargado. Al pasar junto al hombre alto sentado junto al brasero, sentí un súbito tirón en los faldones de mi chaqueta y una voz muy baja susurró: "Siga adelante y luego vuélvase a mirarme." Las palabras sonaron con absoluta claridad en mis oídos. Miré hacia abajo. Sólo podía haberlas pronunciado el anciano que tenía a mi lado, y sin embargo él continuaba sentado tan absorto como antes, muy flaco, muy arrugado, encorvado por la edad, con una pipa de opio caída entre las rodillas como si sus dedos la hubieran dejado caer de puro relajamiento. Avancé dos pasos y volví a mirarlo. Necesité todo el dominio de mí mismo para no dar un grito de asombro. El anciano se había vuelto de modo que nadie pudiera verlo más que yo.

Su figura se había agrandado, sus arrugas habían desaparecido, los ojos apagados habían recuperado su fuego y allí, sentado junto al brasero y sonriendo ante mi sorpresa, estaba ni más ni menos que Sherlock Holmes.

Me hizo un discreto gesto para que me aproximara y, al instante, en cuanto volvió de nuevo su rostro hacia la concurrencia, volvió a hundirse en una senilidad decrepita y babeante.

—¡Holmes! —susurré—. ¿Qué demonios está haciendo en este antro?

—Hable lo más bajo que pueda —respondió—. Mi oído es excelente. Si tuviera la inmensa amabilidad de librarse de ese embriagado amigo suyo, me alegraría muchísimo que usted y yo pudiéramos tener una pequeña conversación.





—Un coche espera afuera.

—Entonces, por favor, mande en él a su amigo a casa. Puede tenerle confianza, porque parece demasiado inconsciente como para meterse en ningún lío. Le recomiendo también que, por medio del cochero, le envíe una nota a su esposa diciéndole que ha unido usted su suerte a la mía. Si me espera afuera, lo encuentro en cinco minutos.

Era difícil negarse a las peticiones de Sherlock Holmes, siempre extraordinariamente concretas y hechas en un tono de lo más señorial. De todas maneras, me parecía que una vez metido Whitney en el coche, mi misión quedaba prácticamente cumplida; y, por otra parte, no podía desear nada mejor que acompañar a mi amigo en una de aquellas insólitas aventuras que constituían su modo natural de vivir. Me bastaron unos minutos para escribir la nota, pagar la cuenta de Whitney, llevarlo hasta el coche y verlo partir a través de la noche. Muy poco después, una decrepita figura salía del fumadero de opio y yo caminaba calle abajo en compañía de Sherlock Holmes. Avanzó por un par de calles arrastrando los pies, la espalda encorvada y el paso inseguro; y de pronto, tras una rápida mirada alrededor, enderezó el cuerpo y estalló en una alegre carcajada.

—Supongo, Watson —dijo—, que está pensando que añadí el opio a las inyecciones de cocaína y demás pequeñas debilidades sobre las que usted ha tenido la bondad de emitir su opinión médica.

—Desde luego, me sorprendió encontrarlo allí.

—No más de lo que me sorprendió a mí verlo a usted.

—Yo vine en busca de un amigo.

—Y yo, en busca de un enemigo.

—¿Enemigo?

—Sí, uno de mis enemigos naturales o, si se me permite decirlo, de mis presas naturales. En pocas palabras, Watson, estoy metido en una interesantísima investigación, y tenía la esperanza de descubrir alguna pista entre las divagaciones incoherentes de estos adictos, como me ha sucedido otras veces. Si me hubieran reconocido en aquel antro, mi vida no habría valido ni la tarifa de una hora, porque ya lo he utilizado antes para mis propios fines y el bandido del dueño, antiguo marinero de las Indias Orientales, juró vengarse de mí. Hay una portezuela en la parte de atrás del edificio, cerca de la esquina del muelle de San Pablo, que podría contar historias muy extrañas sobre lo que pasa a través de ella en las noches sin luna.

—¡Cómo! ¡No querrá usted decir cadáveres!

—Sí, Watson, cadáveres. Seríamos ricos si nos dieran mil libras por cada pobre diablo que encontró la muerte en ese antro. Es la más maligna trampa mortal de toda la ribera del río, y me temo que Neville St. Clair ha entrado en ella para no volver a salir. Pero nuestro



coche debería estar aquí —se metió los dedos índices en la boca y lanzó un penetrante silbido, señal que fue respondida por un silbido similar a lo lejos seguido inmediatamente por el traqueteo de unas ruedas y las pisadas de cascos de caballo.

—Y ahora, Watson —dijo Holmes, mientras un coche alto, de un caballo, salía de la oscuridad arrojando dos chorros dorados de luz amarilla por sus faroles laterales—, ¿viene conmigo o no?

—Si puedo ser de alguna utilidad...

—Oh, un camarada de confianza siempre resulta útil. Y un cronista, más aún. Mi habitación de Los Cedros tiene dos camas.

—¿Los Cedros?

—Sí, así se llama la casa del señor St. Clair. Alojo allí mientras realizo la investigación.

—¿Y dónde está?

—En Kent, cerca de Lee. Tenemos por delante un trayecto de siete millas.

—Pero yo estoy completamente a oscuras.

—Ya lo creo, pero enseguida va a enterarse de todo. ¡Suba aquí! Muy bien, John, ya no lo necesitaremos. Aquí tiene media corona. Venga a buscarme mañana a eso de las once. Suelte las riendas y hasta mañana.

Tocó al caballo con el látigo y salimos disparados a través de la interminable sucesión de calles sombrías y desiertas, que poco a poco se fueron ensanchando hasta que cruzamos a toda velocidad un amplio puente con balaustrada, mientras las turbias aguas del río se deslizaban perezosamente por debajo. Al otro lado nos encontramos otra extensa desolación de ladrillo y cemento envuelta en completo silencio, roto tan sólo por los pasos fuertes y acompasados de un policía o por los gritos y canciones de algún grupillo de juerguistas rezagados. Una oscura cortina se deslizaba lentamente a través del cielo, y una o dos estrellas brillaban débilmente entre las rendijas de las nubes.

Holmes conducía en silencio, con la cabeza caída sobre el pecho y toda la apariencia de ir sumido en sus pensamientos, mientras yo, sentado a su lado, me consumía de curiosidad por saber en qué consistía esta nueva investigación que parecía estar poniendo a prueba sus poderes, pese a lo cual no me atrevía a interrumpir el curso de sus reflexiones. Llevábamos recorridas varias millas y empezábamos a entrar en el cinturón de residencias suburbanas cuando Holmes se desperezó, se encogió de hombros y encendió su pipa con aire de hombre satisfecho por estar haciendo lo mejor posible.

—Watson, usted tiene el don inapreciable de saber guardar silencio —dijo—. Eso lo convierte en un compañero de valor incalculable. Le aseguro que me viene muy bien tener alguien con quien hablar, dado que mis pensamientos no son demasiado agradables. Me



estaba preguntando qué le voy a decir a esta pobre mujer cuando salga esta noche a recibirme a la puerta.

—Usted olvida que no sé nada al respecto.

—Tengo el tiempo justo para contarle los hechos antes de llegar a Lee. Parece un caso ridículamente sencillo y, sin embargo, no sé por qué, no logro avanzar nada. Hay mucha madeja, ya lo creo, pero no doy con el extremo del hilo. Bien, Watson, voy a exponerle el caso clara y concisamente, y tal vez usted vea una chispa de luz donde para mí todo es tinieblas.

—Adelante.

—Hace unos años..., concretamente en mayo de mil ochocientos ochenta y cuatro, llegó a Lee un caballero llamado Neville St. Clair, que parecía tener dinero en abundancia. Adquirió una gran residencia, arregló los terrenos con muy buen gusto y, en general, vivía a lo grande. Poco a poco hizo amistades entre el vecindario, y en mil ochocientos ochenta y siete se casó con la hija de un cervecero de la zona, con la que tiene ya dos hijos. No trabajaba en nada concreto, pero tenía intereses en varias empresas y venía a Londres todas las mañanas, regresando por la tarde en el tren de las cinco catorce desde Cannon Street. El señor St. Clair tiene ahora treinta y siete años de edad, es hombre de costumbres moderadas, buen marido, afectuoso padre, y todos los que lo conocen lo aprecian. Podríamos añadir que sus deudas actuales, hasta donde hemos podido averiguar, suman un total de ochenta y ocho libras y diez chelines, y que su cuenta en el banco, el Capital & Counties Bank, arroja un saldo favorable de doscientos veinte libras. Por lo tanto, no hay razón para suponer que sean problemas de dinero los que lo atormentan.

El lunes pasado, el señor Neville St. Clair vino a Londres bastante más temprano que de costumbre, comentando al salir que realizaría dos importantes gestiones, y que al volver le traería al niño pequeño un juego de construcciones. Ahora bien, por pura casualidad, su esposa recibió un telegrama ese mismo lunes, apenas él salió, comunicándole que había llegado un paquetito muy valioso que ella esperaba y que podía pasar a retirarlo en las oficinas de la Compañía Naviera Aberdeen. Si usted conoce Londres sabrá que las oficinas de esa compañía están en Fresno Street, que hace esquina con Upper Swandam Lane, donde me ha encontrado usted esta noche.

La señora St. Clair almorzó, se fue a Londres, hizo algunas compras, pasó por la oficina de la compañía, recogió su paquete y, exactamente a las cuatro treinta y cinco, iba caminando por Swandam Lane rumbo a la estación. ¿Me sigue hasta ahora?

—Está muy claro.

—Quizá recuerde que el lunes hizo muchísimo calor, y la señora St. Clair iba andando despacio, mirando por todas partes con la esperanza de ver un coche de alquiler, porque



no le gustaba el barrio. Mientras bajaba de esta manera por Swandam Lane, oyó de repente un grito o una exclamación y se quedó helada de espanto al ver a su marido mirándola desde la ventana de un segundo piso y, según le pareció, llamándola con gestos. La ventana estaba abierta y pudo verle perfectamente la cara, que según ella parecía terriblemente agitada. Le hizo gestos frenéticos con las manos y desapareció de la ventana tan repentinamente que a la mujer le pareció que alguna fuerza irresistible había tirado de él por detrás. Un detalle curioso que llamó la atención de su rápido ojo femenino fue que, aunque llevaba puesta una especie de chaqueta oscura, como la que vestía al salir de casa, no tenía cuello ni corbata.

Convencida de que algo malo le sucedía, bajó corriendo los escalones —pues la casa no era otra que el fumadero de opio en el que nos hemos encontrado— y tras atravesar a toda velocidad la sala delantera, intentó subir las escaleras que llevan al primer piso. Pero al pie de las escaleras le salió al paso ese granuja de marinero del que le he hablado, que le obligó a retroceder y, con la ayuda de un danés que le sirve de asistente, la echó a la calle a empujones. Presa de los miedos y las dudas más enloquecedores, corrió calle abajo y, por una rara y feliz casualidad, se encontró en Fresno Street con varios policías y un inspector rumbo a sus puestos de servicio. El inspector y dos hombres la acompañaron de vuelta al fumadero y, a pesar de la pertinaz resistencia del propietario, se abrieron paso hasta la habitación en la que St. Clair fue visto por última vez. No había rastro de él. De hecho, no encontraron a nadie en todo el piso, con excepción de un inválido decrepito de aspecto repugnante, quien al parecer habitaba allí. Tanto el inválido como el propietario juraron insistentemente que en toda la tarde no había entrado nadie en aquella habitación. Su negativa era tan firme que el inspector empezó a tener dudas, y casi empezaba a creer que la señora St. Clair había tenido visiones cuando ésta se abalanzó con un grito sobre una cajita de madera que había en la mesa y levantó la tapa violentamente, dejando caer una cascada de ladrillos de juguete. Era el regalo que él había prometido llevarle a su hijo.

Ese descubrimiento, más la evidente confusión del inválido, convencieron al inspector de que ahí había un asunto grave. Se registraron minuciosamente las habitaciones, y todos los resultados hacían pensar en un crimen abominable. La habitación delantera estaba amueblada con sencillez como sala de estar, y comunicaba con un pequeño dormitorio que da a la parte posterior de uno de los muelles. Entre el muelle y el dormitorio se extiende una estrecha franja que queda seca durante la marea baja, pero que durante la marea alta es cubierta por metro y medio de agua, al menos. La ventana del dormitorio es bastante ancha y se abre desde abajo. Al inspeccionarla se encontraron manchas de sangre en el alféizar, y en el suelo de madera también se veían varias gotas dispersas. Detrás de una cortina en la habitación delantera se encontró la ropa del señor Neville St. Clair; excepto su chaqueta: zapatos, calcetines, sombrero y reloj..., todo estaba allí. No se veían señales de violencia en ninguna de las prendas ni se encontró ningún otro rastro del señor St. Clair. Al parecer, deberían de haberlo sacado por la ventana, ya que no se



pudo hallar otra salida, y las ominosas manchas de sangre en la misma ventana daban pocas esperanzas de que hubiera podido salvarse a nado ya que en el momento de la tragedia la marea estaba en su punto más alto.

Y ahora hablemos de los maleantes que parecen hallarse implicados directamente en el asunto. Sabemos que el marinero es un tipo de los peores antecedentes, pero según el relato de la señora St. Clair se encontraba al pie de la escalera pocos segundos después de la desaparición de su marido, así que difícilmente pudo desempeñar en el crimen más que un papel secundario. Se defendió alegando absoluta ignorancia, insistiendo en que no sabía nada de las actividades de Hugh Boone, su inquilino, y en que no podía explicar de ningún modo la presencia de las ropas del caballero desaparecido.

Eso es lo que hay respecto al marinero. Pasemos ahora al siniestro inválido que vive en la segunda planta del fumadero de opio y que, sin duda, fue el último ser humano que puso sus ojos en el señor St. Clair. Se llama Hugh Boone, y todo el que anda mucho por la City conoce su repelente cara. Es mendigo profesional, aunque para burlar los reglamentos policiales finge que vende fósforos.

Tal vez usted se haya fijado en que, bajando un poco por Threadneedle Street, en la acera izquierda, hay un pequeño recodo en la pared. Allí es donde se instala cada día ese engendro, con las piernas cruzadas y su pequeño surtido de fósforos en el regazo. Ofrece un espectáculo tan lamentable que desata una llovizna de caridad sobre la grasienta gorra de cuero que coloca en la acera delante de él. Más de una vez lo he estado observando, sin sospechar que llegaría a relacionarme con él profesionalmente, y me ha sorprendido lo mucho que recoge en poco tiempo. Tenga en cuenta que su aspecto es tan llamativo que nadie puede pasar a su lado sin fijarse en él. Una mata de cabello anaranjado, un rostro pálido y desfigurado por una horrible cicatriz que, al contraerse, ha retorcido el borde de su labio superior, una barbilla de bulldog y un par de ojos oscuros y muy penetrantes, que contrastan extraordinariamente con el color de su pelo, todo ello lo destaca entre la masa vulgar de mendigos. Y también destaca por su ingenio, pues siempre tiene a mano una respuesta para cualquier pulla que puedan dirigirle los transeúntes. Este es el hombre que, según acabamos de saber, vive en lo alto del fumadero de opio, y que fuera el último en ver al caballero que andamos buscando.

—¡Pero es un inválido! —dije—. ¿Qué podría haber hecho él solo contra un hombre en la flor de la vida?.

—Es inválido en el sentido de que cojea al andar; pero en otros aspectos parece ser un hombre fuerte y bien alimentado. Sin duda, Watson, su experiencia médica le habrá enseñado que la debilidad en un miembro se compensa a menudo con una fortaleza excepcional en los demás.

—Por favor, prosiga su relato.



—La señora St. Clair se había desmayado al ver la sangre en la ventana, y la policía la llevó en coche a su casa, ya que su presencia no ayudaba en la investigación. El inspector Barton, que estaba a cargo del caso, examinó minuciosamente el local, sin encontrar nada que arrojara alguna luz sobre el misterio. Se cometió un error al no detener inmediatamente a Boone, ya que así pudo comunicarse con su compinche el marinero, pero pronto se remedió esta equivocación y Boone fue detenido y registrado, sin que se le hallase nada que pudiera incriminarlo.

Es verdad que había manchas de sangre en la manga derecha de su camisa, pero mostró su dedo índice, con un corte cerca de la uña, y explicó que la sangre procedía de allí, añadiendo que poco antes había estado asomado a la ventana y que las manchas observadas en ella sin duda provenían de la misma fuente. Negó hasta el cansancio haber visto en su vida al señor Neville St. Clair y juró que la presencia de sus ropas en la habitación le resultaba tan misteriosa como a la policía. En cuanto a la declaración de la señora St. Clair, que afirmaba haber visto a su marido en la ventana, alegó que debería estar loca o lo habría soñado.

Lo llevaron a la comisaría entre sonoras protestas, mientras el inspector se quedaba en la casa con la esperanza de que la bajamar aportara alguna nueva pista.

Y así fue, aunque lo hallado en el fango no era lo que temían encontrar. Lo que apareció al retirarse la marea fue la chaqueta de Neville St. Clair, y no el propio Neville St. Clair. ¿Y qué cree que había en los bolsillos?

—No tengo ni idea.

—Difícil que pueda adivinar. Tenía los bolsillos repletos de peniques y medios peniques: un total de cuatrocientos veintiún peniques y doscientos setenta medios peniques. No es de extrañarse que la marea no se la llevara. Pero un cuerpo humano es algo muy diferente. Hay un fuerte remolino entre el muelle y la casa. Parece probable que la chaqueta permaneciera allí debido al peso, y que el cuerpo desnudo fuese arrastrado hacia el río.

—Pero según entiendo, todas sus demás ropas estaban en la habitación. ¿Acaso el cadáver iba vestido sólo con chaqueta?

—No, señor, los datos pueden ser muy engañosos. Suponga que este tipo, Boone, ha tirado a Neville St. Clair por la ventana, sin que nadie lo viera. ¿Qué hace a continuación? Por supuesto, pensará inmediatamente en librarse de las ropas delatorias. Toma la chaqueta y está apunto de tirarla cuando se le ocurre que flotará en vez de hundirse. Tiene poco tiempo, pues ha oído el alboroto al pie de la escalera, cuando la esposa intenta subir, y puede que su compinche el marinero ya le haya avisado que la policía viene corriendo calle arriba. No hay instante que perder. Corre hacia algún escondrijo secreto, donde acumula los frutos de su mendicidad, y mete en los bolsillos de la chaqueta todas las



monedas que puede, para asegurarse de que se hunda. La tira, y habría hecho lo mismo con las demás prendas de no haber oído pasos apresurados en la planta baja, de manera que sólo le queda tiempo para cerrar la ventana antes de que la policía aparezca.

—Desde luego, parece factible.

—Bien, lo consideraremos una hipótesis de trabajo, a falta de otra mejor. Como ya le dije, detuvieron a Boone y lo llevaron a la comisaría, pero no fue posible encontrarle ningún antecedente delictivo. Se sabía desde muchos años que era mendigo profesional, pero parece que llevaba una vida bastante inocente y tranquila. Así están las cosas por el momento, con nosotros tan lejos de una solución como estábamos al principio: qué hacía Neville St. Clair en el fumadero de opio, qué le ocurrió allí, dónde está ahora y qué tiene que ver Hugh Boone con su desaparición. Confieso que no recuerdo en toda mi experiencia un caso tan sencillo a primera vista y que, sin embargo, presentara tantas dificultades.

Mientras Sherlock Holmes exponía los detalles de esta singular serie de acontecimientos, rodábamos velozmente por las afueras de la gran ciudad, hasta dejar atrás las últimas casas desperdigadas, y seguimos avanzando con un seto rural a cada lado del camino. Pero justo cuando terminó de hablar, pasábamos entre dos pueblecitos de casas dispersas, en cuyas ventanas aún brillaban unas cuantas luces.

—Estamos en las afueras de Lee —dijo mi compañero—. Esta breve carrera nos ha hecho pisar tres condados ingleses, partiendo de Middlesex, pasando de refilón por Surrey y terminando en Kent. ¿Ve esa luz entre los árboles? Es Los Cedros, y detrás de la lámpara está sentada una mujer cuyos ansiosos oídos han captado ya, sin duda alguna, el ruido de cascos de nuestro caballo.

—Pero ¿por qué no lleva usted el caso desde Baker Street?

—Porque aquí hay mucho que investigar. La señora St. Clair tuvo la amabilidad de poner dos habitaciones a mi disposición, y puede usted tener la certeza de que dará la bienvenida a mi amigo y compañero. Me espanta tener que verla, Watson, sin traerle noticias de su marido. En fin, aquí estamos. ¡So, caballo, soo!

Nos habíamos detenido frente a una gran mansión con terreno propio. Un caballero vino corriendo para hacerse cargo del caballo y, tras descender del coche, seguí a Holmes por un estrecho y sinuoso sendero de grava que llevaba a la casa. Ya estábamos cerca cuando se abrió la puerta y una mujer menuda y rubia apareció en el marco, vestida con una especie de muselina de seda, con aplicaciones de gasa rosada y esponjosa en cuello y puños. Permaneció inmóvil, con su silueta recortada contra la luz, una mano apoyada en la puerta, la otra a medio alzar en un gesto de ansiedad, el cuerpo ligeramente inclinado, adelantando la cabeza y la cara, con ojos impacientes y labios entreabiertos. Era la imagen viviente de la incertidumbre.



—¿Y bien? —gimió—. ¿Qué hay?

Y entonces, viendo que éramos dos, soltó un grito de esperanza que se transformó en gemido al ver que mi compañero meneaba la cabeza y se encogía de hombros.

—¿No hay buenas noticias?

—No hay ninguna noticia.

—¿Tampoco malas?

—Tampoco.

—Demos gracias a Dios por eso. Pero entren. Estará cansado después de tan larga jornada.

—Le presento a mi amigo el doctor Watson. Su ayuda me ha resultado fundamental en varios casos y, por una afortunada casualidad, he podido traérmelo e incorporarlo a esta investigación.

—Encantada de conocerlo —dijo ella, estrechándome calurosamente la mano—. Estoy segura de que sabrá disculpar las deficiencias que encuentre, considerando la desgracia tan repentina que nos ha ocurrido.

—Querida señora —dije—, soy un viejo soldado y, aunque no lo fuera, me doy perfecta cuenta de que huelgan las disculpas. Me sentiré muy satisfecho si puedo resultar de alguna ayuda para usted o para mi compañero aquí presente.

—Y ahora, señor Sherlock Holmes —dijo la señora mientras entrábamos en un comedor bien iluminado en cuya mesa estaba servida una comida fría—, quisiera hacerle un par de preguntas francas, y le ruego que las respuestas sean igualmente francas.

—Desde luego, señora.

—No se preocupe por mis sentimientos. No soy histérica ni propensa a desmayos. Simplemente quiero conocer su auténtica opinión.

—¿Sobre qué punto?

—En el fondo de su corazón, ¿cree usted que Neville está vivo?

Sherlock Holmes pareció incómodo ante la pregunta.

—¡Francamente! —repitió ella de pie sobre la alfombra y mirándolo fijamente desde lo alto, mientras Holmes se retrepaba en un sillón de mimbre.

—Pues, francamente, señora: no.

—¿Cree que está muerto?

—Sí.

—¿Asesinado?

—No puedo asegurarlo. Es posible.



—¿Y qué día murió?

—El lunes.

—Entonces, señor Holmes, entonces, ¿tendría la bondad de explicarme cómo es posible que hoy me haya llegado esta carta de él?

Sherlock Holmes se levantó de un salto, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué? —rugió.

—Sí, hoy mismo —dijo ella, sonriendo y sosteniendo en alto una hojita de papel.

—¿Puedo verla?

—Desde luego.

Se la arrebató impulsivamente, la extendió sobre la mesa, acercó una lámpara y la examinó con detenimiento. Yo me había levantado de mi silla y miraba por encima de su hombro. El sobre era muy ordinario, traía matasellos de Gravesend y estaba fechado aquel mismo día, o más bien del día anterior, pues ya era pasada la medianoche.

—¡Qué mal escrito! —murmuró Holmes—. Dudo que sea la letra de su marido, señora.

—No, pero la de la carta sí lo es.

—Observo, además, que la persona que escribió el sobre tuvo que ir a preguntar la dirección.

—¿Cómo puede saber eso?

—El nombre, como ve, está escrito en tinta perfectamente negra, que se ha secado sola. El resto es de color grisáceo, lo que demuestra el uso de papel secante. Si lo hubieran escrito todo seguido y lo hubieran secado con secante, no habría ninguna letra tan negra. Esta persona ha escrito el nombre y luego ha hecho una pausa antes de escribir la dirección, lo cual sólo puede significar que no le era familiar. Por supuesto, es un detalle trivial, pero no hay nada tan importante como los detalles triviales. Veamos ahora la carta. ¡Ajá! ¡Aquí dentro había algo más!

—Sí, había un anillo. El anillo con su sello.

—¿Usted está segura de que ésta es la letra de su marido?

—Una de sus letras.

—¿Una?

—Su letra de cuando escribe apurado. Es muy diferente de su letra habitual, a pesar de lo cual la conozco bien.

—“Querida, no te asustes. Todo saldrá bien. Se ha cometido un terrible error, que quizá tarde algún tiempo en rectificar. Ten paciencia, Neville”. Escrito a lápiz en la guarda de



un libro, formato octavo, sin marca de agua. Echado al correo hoy en Gravesend por un hombre con el pulgar sucio. ¡Ajá! Y la solapa la pegó, si no me equivoco, alguien que estuvo mascando tabaco. ¿Y usted no tiene ninguna duda de que se trata de la letra de su esposo, señora?

—Ninguna. Esto lo escribió Neville.

—Y lo han echado al correo hoy en Gravesend. Bien, señora St. Clair, las nubes se despejan, aunque no me atrevería a decir que ha pasado el peligro.

—Pero tiene que estar vivo, señor Holmes.

—A menos que se trate de una hábil falsificación para desviarnos hacia una pista falsa. Al fin y al cabo, el anillo no demuestra nada. Se lo pueden haber quitado.

—¡No, no, es su letra, lo es, lo es, lo es!

—Muy bien. Sin embargo, puede haberse escrito el lunes y no haberse echado al correo hasta hoy.

—Eso es posible.

—De ser así, podrían haber ocurrido muchas cosas entre tanto.

—Ay, no me desanime, señor Holmes. Estoy segura de que se encuentra bien. Existe entre nosotros una comunicación tan intensa que si le hubiera pasado algo malo, yo lo sabría. El mismo día que lo vi por última vez se cortó en el dormitorio, y yo, que estaba en el comedor, subí corriendo al instante, con la plena seguridad de que algo le había pasado. ¿Cree que puedo responder a semejante trivialidad y sin embargo no advertir que ha muerto?.

—He visto demasiado como para ignorar que la intuición femenina es capaz de resultar más útil que las conclusiones de un razonador analítico. Y, desde luego, en esta carta tiene usted una prueba bien palpable para corroborar su punto de vista. Pero si su marido está vivo y puede escribirle cartas, ¿por qué no se pone en contacto con usted?.

—No tengo idea. Es incomprendible.

—¿No le comentó nada el lunes antes de marcharse?

—No.

—Y a usted la sorprendió verlo en Swandan Lane.

—Mucho.

—¿Estaba abierta la ventana?

—Sí.

—Entonces él podía haberla llamado.



—Podía, sí.

—Pero, según tengo entendido, sólo lanzó un grito inarticulado.

—En efecto.

—Que a usted le pareció una llamada de auxilio.

—Sí, porque agitaba las manos.

—Pero podría haberse tratado de un grito de sorpresa. El asombro de verla a usted aparecer de repente podría haberlo hecho levantar las manos.

—Es posible.

—Y a usted le pareció que lo tiraban desde atrás.

—Pues sí, como desapareció tan bruscamente...

—Pudo haber saltado hacia atrás. Usted no vio a nadie más en la habitación.

—No, pero aquel hombre confesó que había estado allí, y el marinero se encontraba al pie de la escalera.

—En efecto. Su esposo, por lo que usted alcanzó a ver, ¿llevaba puestas sus ropas habituales?

—Pero sin cuello. Vi perfectamente su cuello desnudo.

—¿Había mencionado alguna vez Swandam Lane?.

—Nunca.

—¿Alguna vez dio señales de haber tomado opio?

—Nunca.

—Gracias, señora St. Clair. Estos son los principales detalles que quería tener absolutamente claros. Ahora comemos un poco y nos retiramos, pues mañana quizá tengamos una jornada muy atareada.

Disponíamos de una habitación grande y cómoda, con dos camas, y no tardé en meterme entre las sábanas ya que la noche de aventuras me tenía agotado. Sin embargo, Sherlock Holmes era un hombre que, teniendo en la cabeza un problema sin resolver, era capaz de pasar días, y hasta una semana, sin dormir, dándole vueltas, reordenando los datos, considerándolos desde todos los puntos de vista, hasta que lograba resolverlo o se convencía de que los datos no eran suficientes.

Pronto se me hizo evidente que estaba preparándose para pasar la noche en vela. Se quitó la chaqueta y el chaleco, se puso una amplia bata azul y empezó a vagar por la habitación, recogiendo almohadas de la cama y cojines del sofá y las butacas. Con ellos construyó una especie de diván oriental, en el que se instaló con las piernas cruzadas,



colocando delante de él una porción de tabaco fuerte y una caja de fósforos. Pude verlo allí sentado a la luz mortecina de la lámpara, con una vieja pipa de brezo entre los labios, los ojos ausentes, fijos en un ángulo del techo, desprendiendo volutas de humo azulado, callado, inmóvil, con la luz dando sobre sus marcadas y aguileñas facciones. Así estaba cuando me fui a dormir y así continuaba cuando una súbita exclamación suya me despertó, y vi que la luz del sol entraba ya en el cuarto. La pipa seguía entre sus labios, el humo seguía elevándose en volutas y una espesa niebla de tabaco llenaba la habitación; pero no quedaba nada del paquete de tabaco que le había visto la noche anterior.

—¿Está despierto, Watson? —preguntó.

—Sí.

—¿Listo para una excursión matutina?

—Desde luego.

—Entonces vístase. Aún no se levanta nadie, pero sé dónde duerme el caballero y pronto tendremos el coche listo.

Al hablar se reía para sus adentros, le centelleaban los ojos y parecía un hombre diferente del sombrío pensador de la noche.

Mientras me vestía miré el reloj. No era extraño que nadie se hubiera levantado aún. Eran las cuatro y veinticinco. Apenas terminaba cuando Holmes regresó para anunciar que el mozo estaba engancho el caballo.

—Quiero poner a prueba una pequeña hipótesis —dijo, mientras se ponía las botas—. Creo, Watson, que está frente a uno de los más completos idiotas de toda Europa. Merezco que me lleven a patadas desde aquí hasta Charing Cross. Pero me parece que ya tengo la clave del asunto.

—¿Y dónde está? —pregunté, sonriendo.

—En el cuarto de baño —respondió.— No, no estoy bromeando —continuó al ver mi gesto de incredulidad—. Acabo de estar ahí, la tomé y la tengo en esta maleta Gladstone. Venga, compañero, y veamos si encaja o no en la cerradura.

Bajamos lo más rápidamente posible y salimos al sol de la mañana. El coche y el caballo estaban ya en la carretera, con el caballero a medio vestir aguardando delante. Subimos al vehículo y salimos disparados hacia Londres. Rodaban ya los carros que llevan verduras a la capital, pero las hileras de casas de los lados estaban tan silenciosas e inertes como una ciudad de ensueño.

—En ciertos aspectos, ha sido un caso muy curioso —dijo Holmes, azuzando al caballo para ponerlo al galope—. Confieso haber estado más ciego que un topo, pero mejor aprender tarde que no aprender nunca.



En la ciudad, los más madrugadores recién empezaban a asomarse medio dormidos aún a las ventanas cuando nosotros penetramos por las calles del lado de Surrey. Bajamos por Waterloo Bridge Road, cruzamos el río y subimos a toda velocidad por Wellington Street, para allí torcer bruscamente a la derecha y llegar a Bow Street. Sherlock Holmes era bien conocido por el cuerpo de policía, y los dos agentes de la puerta lo saludaron. Uno de ellos sujetó las riendas del caballo mientras el otro nos hacía entrar.

—¿Quién está de guardia? —preguntó Holmes.

—El inspector Bradstreet, señor.

—Ah, Bradstreet, ¿cómo está usted? —un hombre alto y corpulento había surgido por el corredor embaldosado, con una gorra de visera y chaqueta con abotonaduras—. Me gustaría hablar unas palabras con usted, Bradstreet.

—Desde luego, señor Holmes. Pase a mi despacho.

Era un despacho pequeño, con un libro enorme sobre la mesa y teléfono de pared. El inspector se sentó ante el escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Holmes?

—Se trata de ese mendigo, el que está acusado de participar en la desaparición del señor Neville St. Clair, de Lee.

—Sí. Está detenido mientras prosiguen las investigaciones.

—Eso supe. ¿Está aquí?

—En los calabozos.

—¿Tranquilo?

—No causa problemas. Pero cuidado, que es muy sucio.

—¿Sucio?

—Sí, lo más que hemos conseguido es que se lave las manos, pero la cara la tiene tan negra como un fogonero. En fin, en cuanto se decida su caso tendrá que bañarse periódicamente en la cárcel, y si usted lo viera, creo que estaría de acuerdo conmigo en que lo necesita.

—Me gustaría muchísimo verlo.

—¿De veras? Pues eso es fácil. Venga por aquí. Puede dejar la maleta.

—No, prefiero llevarla.

—Como quiera. Venga por aquí, por favor —nos guió por un pasillo, abrió una puerta con barrotes, bajó por una escalera de caracol y nos introdujo a una galería pintada de cal y con puertas en hilera a cada lado.



—La tercera de la derecha es la suya —dijo el inspector—. ¡Aquí está! —abrió sin ruido un ventanuco en la parte superior de la puerta y miró hacia adentro—. Duerme —dijo—. Podrán verlo perfectamente.

Los dos aplicamos nuestros ojos a la rejilla. El detenido estaba tumbado con la cara vuelta hacia nosotros, sumido en hondo sueño, respirando lenta y ruidosamente. Era un hombre de estatura mediana, vistiendo con la tosquedad que correspondía a su oficio una camisa de colores asomada por las roturas de su andrajosa chaqueta. Tal como el inspector dijera, estaba extremadamente sucio, pero la mugre que cubría su rostro no lograba ocultar su repulsiva fealdad. La gruesa marca de una vieja cicatriz le recorría la cara desde el ojo hasta la barbilla, y al contraerse había recogido el labio superior dejando a la vista tres dientes en perpetua mueca. Unas greñas de cabello rojo muy vivo le caían sobre los ojos y la frente.

—Una preciosidad, ¿no les parece? —dijo el inspector.

—Desde luego, necesita un baño —comentó Holmes—. Y como ya se me había ocurrido que podía necesitarlo, me tomé la libertad de traer el instrumental adecuado —mientras hablaba, abrió la maleta Gladstone y ante mi asombro sacó de ella una enorme esponja de baño.

—¡Ja, ja! Es usted un tipo divertido —rió el inspector.

—Ahora, si tiene la inmensa bondad de abrir con mucho cuidado esta puerta, no tardaremos en hacerlo adquirir un aspecto mucho más respetable.

—Caramba, ¿por qué no? —dijo el inspector—. Así es un descrédito para los calabozos de Bow Street, ¿no les parece?.

Metió la llave en la cerradura y todos entramos en la celda sin hacer ruido alguno. El durmiente se dio media vuelta y volvió a hundirse en un profundo sueño. Holmes se inclinó hacia el jarro de agua, mojó su esponja y luego la frotó con fuerza dos veces sobre el rostro del preso.

—Permítame que les presente —exclamó— al señor Neville St. Clair, de Lee, condado de Kent.

Jamás en la vida vi espectáculo semejante. El rostro del hombre se desprendió bajo la esponja como la corteza de un árbol. Desapareció su repugnante color pardusco. Desapareció también la horrible cicatriz que lo cruzaba, y lo mismo el labio retorcido que formaba aquella mueca repulsiva. Los desgredados cabellos rojos se desprendieron de un tirón, y ante nosotros quedó sentado en el camastro un hombre pálido, de expresión triste y aspecto refinado, pelo negro y piel suave, frotándose los ojos y mirando entorno con adormilado asombro. De pronto, dándose cuenta que lo habían descubierto, lanzó un alarido y se dejó caer, hundiendo el rostro en la almohada.



—¡Por todos los santos! —exclamó el inspector—. ¡Pero si es el desaparecido! ¡Lo reconozco por las fotografías!

El preso se volvió con el aire indiferente del que se entrega a las manos del destino.

—De acuerdo —dijo—. Y ahora, por favor, ¿de qué se me acusa?

—De la desaparición del señor Neville St... ¡Oh, vamos, no se lo puede acusar de eso, a menos que se presente como intento de suicidio! —dijo el inspector, sonriendo—. Caramba, cumpla veintisiete años en el cuerpo, pero esto se lleva la palma.

—Si soy Neville St. Clair, es evidente que no se ha cometido ningún delito y, por lo tanto, mi detención aquí es ilegal.

—No se ha cometido delito alguno, pero sí un tremendo error —dijo Holmes—. Más le habría valido confiar en su mujer.

—No era por ella, era por los niños —gimió el detenido—. ¡Dios mío, no quería que se avergonzaran de su padre! ¡Oh Dios, qué vergüenza! ¿Qué voy a hacer ahora?.

Sherlock Holmes se sentó en la litera junto a él y le dio unas palmadas en el hombro.

—Si deja que los tribunales esclarezcan el caso —dijo—, es evidente que no podrá evitar la publicidad. Por otra parte, si puede convencer a las autoridades policiales de que no hay motivos para proceder contra usted, no veo razón para que los detalles de lo ocurrido lleguen a los periódicos. Estoy seguro de que el inspector Bradstreet tomará nota de todo lo que usted quiera declarar para ponerlo en conocimiento de las autoridades respectivas. Y en ese caso el asunto no tiene por qué llegar a los tribunales.

—¡Dios lo bendiga! —exclamó el preso fervorosamente—. Habría soportado la cárcel, incluso la ejecución, antes de permitir que mi miserable secreto cayese como oprobio sobre mis hijos. Son ustedes los primeros que escuchan mi historia. Mi padre era maestro de escuela en Chesterfield, donde recibí excelente educación. De joven viajé por el mundo, trabajé en el teatro y por último me hice reportero en un periódico vespertino de Londres. Un día el director quiso que se escribiera una serie de artículos sobre la mendicidad en la capital, y yo me ofrecí de voluntario para hacerlo. Fue el punto inicial de mis aventuras. La única manera de conseguir datos para mis artículos era practicando como mendigo aficionado. Naturalmente, cuando trabajé de actor aprendí todos los trucos del maquillaje, y tenía fama en los camarines por mi habilidad en esa materia. Así que decidí sacar partido de mis conocimientos. Me pinté la cara y, para ofrecer un aspecto lo más penoso posible, me hice una buena cicatriz y me retorcí un lado del labio con ayuda de una tela engomada de color carne. Y después, con una peluca roja y vestido adecuadamente, ocupé mi puesto en la zona más concurrida de la City, aparentando vender fósforos, pero en realidad pidiendo. Desempeñé mi papel durante siete horas y al volver a casa en la noche descubrí, con gran sorpresa, que había recogido nada menos que veintiséis chelines y cuatro peniques.



Escribí mis artículos y no pensé más en el asunto hasta que, algún tiempo después, avalé una letra a un amigo y me hallé de pronto con una orden de pago por valor de veinticinco libras. Me volví loco intentando reunir el dinero y de repente se me ocurrió una idea. Le solicité al acreedor una prórroga de quince días, pedí vacaciones a mis jefes y me dediqué a pedir limosna en la City, disfrazado. En diez días reuní el dinero y pagué la deuda.

Bueno, imaginarán ustedes lo difícil que me resultó someterme de nuevo a un agotador trabajo por dos libras semanales, sabiendo que podía ganar la misma cantidad en un día con sólo pintarme la cara, dejar la gorra en el suelo y esperar sentado. Fue ardua la batalla entre mi orgullo y el dinero, pero al final ganó el dinero, dejé el periodismo y fui a sentarme, día tras día, en el mismo rincón del principio, inspirando lástima con mi espantosa cara y llenándome de dinero los bolsillos. Un solo hombre conocía mi secreto: el propietario de un tugurio de Swanda Lane, donde alquilé una habitación. De ahí salía cada mañana como un mendigo mugriento, y por la tarde me transformaba en un caballero bien vestido. Ese individuo, antiguo marinero, recibía excelente paga por sus habitaciones, y yo sabía que mi secreto estaba seguro en sus manos.

Muy pronto estuve ahorrando considerables sumas. No pretendo decir que cualquier mendigo que vaya por las calles de Londres gana setecientas libras al año —que es menos de lo que yo ganaba en promedio—, pero además yo tenía ventajas considerables en mi habilidad para la caracterización y también en mi facilidad para las réplicas ingeniosas, que fui perfeccionando con la práctica hasta convertirme en un personaje bien conocido en la City. Todos los días caía sobre mí una lluvia de peniques, con una que otra moneda de plata, y las cosas se me tenían que dar muy malas para no reunir cuando menos dos libras.

A medida que me hacía rico, fui volviéndome más ambicioso: compré una casa en el campo y me casé, sin que nadie tuviese la menor sospecha de mi actividad real. Mi querida esposa sabía de algún negocio mío en la City. Poco se imaginaba en qué consistía.

El lunes pasado, tras terminar mi jornada y mientras estaba vistiéndome en mi habitación, encima del fumadero de opio, me asomé a la ventana y vi, con asombro y consternación, a mi esposa, parada en mitad de la calle, sus ojos clavados en mí. Solté un grito de sorpresa, levanté los brazos para taparme la cara y corrí a buscar a mi confidente, el marinero, instándolo a no dejar que nadie subiera a donde yo estaba. Oí la voz de mi mujer en la planta baja, pero sabía que no la dejarían subir. Rápidamente me quité mis ropas, me puse las de mendigo y me apliqué maquillaje y peluca. Ni siquiera los ojos de una esposa podrían penetrar un disfraz tan perfecto. Pero entonces pensé que quizás registrarían la habitación y que las ropas me delatarían. Abrí la ventana con tal violencia que se me abrió de nuevo un corte que me había hecho por la mañana en mi casa. Tomé la chaqueta con todas las monedas que acababa de transferir de la bolsa de cuero donde guardaba mis ganancias, la arrojé por la ventana y desapareció en las aguas del Támesis. Lo mismo



habría hecho con las prendas restantes, pero llegaron entonces los policías corriendo por la escalera y en pocos minutos descubrí, con gran alivio por mi parte, lo confieso, que en vez de reconocermelo como el señor Neville St. Clair, me detenían por su asesinato.

Creo que nada resta por explicar. Tenía decidido mantener mi disfraz cuanto tiempo fuese posible, de ahí mi insistencia en no lavarme la cara. Y como sabía que mi esposa iba a estar terriblemente preocupada, me quité el anillo y se lo pasé al marinero en un momento en que ningún policía me miraba, para que se lo hiciera llegar junto con una apresurada nota donde le decía que no debía temer nada.

—La nota no le llegó hasta ayer —dijo Holmes.

—¡Santo Dios! ¡Qué semana habrá pasado!

—La policía estuvo vigilando al marinero —dijo el inspector Bradstreet—, no me extraña que le costara despachar la carta sin ser visto. Probablemente se la entregó a algún cliente de su casa, que no se acordó del encargo en varios días.

—Así debió de ser, no hay duda —asintió Holmes—. Pero, ¿nunca lo han detenido por pedir limosna?

—Muchas veces; pero, ¿qué representaba una multa para mí?

—Bueno, esto debe terminar aquí, sin embargo —dijo Bradstreet—. ...Si desea que la policía entierre el asunto, Hugh Boone debe dejar de existir.

—Lo he jurado con el más solemne de los juramentos que puede hacer un hombre.

—En tal caso, me parece probable que el asunto no pase a mayores. Pero si volvemos a toparnos con usted, saldrá todo a relucir. Señor Holmes, la verdad es que estamos en deuda con usted por haber esclarecido el caso. Me gustaría saber cómo obtiene resultados semejantes.

—Este lo obtuve —dijo mi amigo— sentándome sobre cinco almohadas y consumiendo una ración de tabaco. Creo, Watson, que si emprendemos la marcha hacia Baker Street, llegaremos justo a tiempo para servirnos el desayuno. ✨